



Caricatura de Sabato

Los puntos de referencia en las relaciones de poder:

Colombia en el sistema internacional

Danilo Mercado Milán
Comunicador social - periodista

Resumen

El artículo muestra una situación común de un colegio, en donde, así como en todos los ámbitos sociales, se crean ciertas jerarquías a partir de unas relaciones de poder establecidas previamente, generando comportamientos determinados en cada uno de los actores. Así se establece una comparación con el sistema internacional, permitiendo descubrir las razones que determinan las decisiones del Estado colombiano en torno a las relaciones con sus vecinos del continente americano.

Palabras clave: poder, legitimidad, relaciones internacionales, relaciones de poder, puntos de referencia, sistema económico mundial, capitalismo, globalización.

Abstract

This text shows a common school situation, where it create some hierarchies from previously established power relations, like at every society areas, creating specific behaviors in each of the actors. Then, it makes a comparison with international system, allowing to discover the reasons that determine Colombian state decisions regarding relations with its neighbors in american continent.

Keywords: power, legitimacy, international relations, power relations, reference points, world economic system, capitalism, globalization.

En el liceo, Carlos y Jhon imponían su voluntad. Si se jugaba al yoyo, eran quienes debían tener los mejores, en el extremo caso de que no hubieran sido los primeros en adquirirlos. Si la moda eran las canicas, había que ser cautos para no tener demasiadas, o para no ganar las “maras”, o las “petroleras”, las de mayor demanda entre los jugadores. Y hay de aquel que se atreviera a tener un “bolón”, porque si se daban cuenta, alguno de los dos venía a apostar. Era irrelevante si ganaban, de todas formas se quedaban con las canicas nuestras.

En realidad, los admirábamos. No importaba que nos quitaran las galletas en el recreo, o nos encerraran en los orinales, o nos corrieran las sillas al sentarnos, o nos bajarán las pantalonetas en medio del parque, descubriendo nuestros miembros viriles —menguados por colosales fríos bogotanos—, y nos dejaban expuestos al peor de los ridículos, especialmente cuando las niñas, desde la cancha de voleibol, apreciaban de principio a fin el suceso. Nada de eso evitaba que fueran nuestros modelos a seguir. Después de todo, eran los mayores del salón. Carlos y Jhon decidían si podíamos o no comprar las onces, si podíamos jugar al yoyo o apostar canicas. Nos ponían a unos contra otros, cuando así lo querían; fomentaban el desacuerdo, la riña. Si uno le hacía una broma a otro, ellos se encargaban de hacer que hubiera represalias. Por supuesto, ellos sí podían hacerlas cuando quisieran y a quien quisieran.

Así que el estado de las relaciones dependía de si uno estaba bien o mal con ese ‘punto de referencia’. En el liceo, desde luego, tal eran Carlos y Jhon. Qué podía importar si uno se peleaba con Jorge, con Andrés o con Jonathan. No era ni siquiera demasiado trascendental el que una profesora lo tuviera a uno “entre ojos” por indisciplina. Si complacíamos a Carlos y a Jhon, entonces podíamos estar tranquilos. Nunca, hay que decirlo, hubo variaciones en ese tipo de relaciones. El punto de referencia se conservó hasta que salimos de la primaria en el liceo.

En todos los ámbitos, tal parece, existen puntos de referencia similares. Ya Foucault lo demostró desarrollando conceptos como “las relaciones de poder”. Independientemente del motivo por el cual se conserve, el poder crea jerarquías que parecen imposibles de ignorar: unas personas gobiernan sobre otras; ciertas instituciones diseñan estrategias para regular a otras. La tenencia del poder provoca cambios sustanciales que, se quiera o no, urden los estamentos de las sociedades, lo cual, cabe aclarar, no es una dinámica moderna, sino un hecho latente desde los albores de la humanidad.

Lo que sí es moderno —o se ha querido tipificar como moderno— es el sistema de producción capitalista¹. Si hay algo que haya modificado de manera decisiva las relaciones de poder en el mundo de los últimos siglos, es el capitalismo. Pocas veces la historia asistió a cambios tan estructurales y de manera tan vertiginosa como en el marco de su desarrollo. En este contexto, Colombia no ha sido la excepción. Implantar los modelos europeos ha sido una tarea de nunca acabar en el continente americano, de manera que, aunque siempre hubo semejanzas, los procesos han sido de lo más disímil.

Poder y legitimidad como determinantes de las relaciones

Resulta más bien un despropósito criticar el manejo de las relaciones diplomáticas, económicas y, especialmente, políticas de Colombia con los países vecinos o, más bien, con todos los países de América. En un marco de desarrollo capitalista que parece no tener fin, buscar útiles asociaciones podría ser lo más inteligente. Aquí es donde Colombia probablemente no ha podido hallar la mejor forma de desenvolverse. Las circunstancias pueden ser diversas, pero parece haber un patrón al interior de las relaciones de poder que establece ciertos parámetros de elección que no resultan ser los mejores.

Hay que detenerse nuevamente en los puntos de referencia. ¿Qué hacía que más de veinte

¹ Por varias razones se ha dicho que el capitalismo es un sistema de producción propio de la modernidad: porque fue forjado en el marco de la Revolución Francesa, por su asociación con el principio de libertad-liberalidad y, en esencia, porque antes del “período” moderno, no se puede afirmar que haya habido capitalismo.

niños en un salón obedecieran de manera tan acuciosa a apenas dos niños? ¿Cuáles eran los criterios de selección a la hora de preferir conservar las “buenas relaciones” con dos niños en vez de conservarlas con el resto, es decir, la gran mayoría? Y, más interesante aún, ¿por qué más de veinte niños no se articulaban en contra de quienes abusaban de ellos y, así, imponían su propia voluntad? Dos palabras resumen las respuestas a estas preguntas de la manera más lacónica: poder y legitimidad. Carlos y Jhon gozaban de un poder que podría llamarse fuerza física, pero, además, forjaban un trabajo constante de legitimación de sus prácticas con respecto a los demás. Esas dos cosas los hacían, trágicamente, intocables para nosotros.

El tema de Colombia sostiene una indudable similitud con el caso de los niños del liceo. El punto de referencia: Estados Unidos; los demás: los países latinoamericanos (y hay que decir, por supuesto, que es el caso de casi el resto del planeta, salvo aquellos vigorosos puntos de referencia² que comparten poder y legitimidad con los Estados Unidos y los que sostienen aún ciertas formas de resistencia). Pero no se irá más allá de las relaciones al interior de América, tanto con los países latinos como con Estados Unidos.

Partir de la afirmación de que las relaciones de Colombia con sus vecinos están mal puede constituir un acto más bien precipitado. Por un lado, pese a las distancias políticas existentes, los países latinoamericanos han conservado ciertas relaciones económicas y, en menor medida, culturales entre sí que mantienen los lazos de unión con relativa consistencia. Nadie ha tenido que presenciar aún alejamientos sistemáticos o rompimientos radicales y absolutos de relaciones entre países latinos, excepto por algunos repentinos e inestables embelecos diplomáticos entre Colombia y Venezuela, o Colombia y Ecuador. Por otra parte, es un hecho que el manejo de las relaciones no se da de la manera más autónoma. Es decir, el punto de re-

Si hay algo que haya modificado de manera decisiva las relaciones de poder en el mundo de los últimos siglos, es el capitalismo. Pocas veces la historia asistió a cambios tan estructurales y de manera tan vertiginosa como en el marco de su desarrollo

ferencia, que para este caso es Estados Unidos, conduce con cierto éxito las relaciones de un país con otro.

El economista egipcio, Samir Amin, va más allá al aducir que “las periferias marginales no tienen ni proyecto ni estrategia (...). En este caso, los círculos imperialistas ‘piensan por ellos’ y toman la iniciativa solos en la elaboración de ‘proyectos’ que conciernen a estas regiones” (Amin, 2000).

Al referirse a las periferias marginales, apunta a los países que aparecieron con un desarrollo más lento y que, no obstante, se acogieron a la ola económica global impuesta por los centros capitalistas desarrollados.

Sin embargo, Amin hace una distinción importante entre las llamadas periferias, argumentando que existen unas “de primera línea, que fueron capaces de construir sistemas nacionales productivos con industrias potencialmente competitivas dentro del marco del capitalismo globalizado, y periferias marginales, que no fue-

2 Lo que viene a conformar el resto de “La Tríada”: Japón y Europa, como el economista egipcio, Samir Amin, denomina el triángulo del poder que comparten con EE. UU.

ron tan exitosas” (Amin, 2000). Ubicar a Colombia en las segundas no es una tarea demasiado aguda. Pero es en este contexto donde encontramos dificultades. El hecho de que no exista una total autonomía para el manejo de las relaciones por parte de los estados locales, constituye ya un serio objeto de reflexión. Resulta insensato, por tanto, atribuir un mal manejo al Gobierno colombiano, constitucionalmente facultado para tal tarea, cuando parece que sólo obedece a ciertos patrones que definen su conducta en el marco de las relaciones de poder. Como tampoco podrán culparnos por no habernos sublevado nunca contra Carlos y Jhon, quienes gozaban de poder y legitimidad.

Los criterios de nuestra elección, es decir, preferir conservar “buenas relaciones” con Carlos y Jhon antes que con los demás, eran precisamente el poder y la legitimidad de que eran dueños los dos. Estados Unidos, en el marco del capitalismo global, no sólo constituye el principal punto de referencia o modelo a seguir, entre ciertas poblaciones de los demás países, sino que también goza, entre otras cosas, de poder y legitimidad. Poder en todas las formas posibles, sin profundizar en los métodos, y una función legitimadora que, en todos los casos, “consiste en lograr que las objetivaciones de ‘primer orden’ ya institucionalizadas lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles” (Berger & Luckman, 1999, 120 - 121).

Tanto Carlos y Jhon en el liceo, como Estados Unidos en el sistema económico mundial, tuvieron que emprender un proceso legitimador donde las prácticas, diversas en los dos casos, apuntan a una cierta homogeneización de sus intereses, cuyo propósito fue lograr la mayor expansión posible, tal y como lo explicaron en su momento autores como Hobbes y Spinoza, argumentando desde distintas percepciones y conceptos que los seres vivos sienten un impulso “natural” encaminado a extender lo más lejos posible su poder. Es por ello que el sociólogo estadounidense, Berger, y el alemán, Luckman, explican que “la ‘integración’, en una forma u otra, es también el propósito típico que motiva a los legitimadores” (1999, 121).

El desarrollo y los países desarrollados

Resulta casi evidente que el sistema de “apertura económica” o, en términos de Thomas Palley, “el resurgimiento del neoliberalismo”, ha expandido abismalmente la brecha de desigualdad entre los centros capitalistas y las periferias. Los primeros, poseedores de los “‘cinco nuevos monopolios’ que beneficiaban a los países de la tríada dominante: el control de la tecnología; los flujos financieros globales (...); acceso a los recursos naturales del planeta; la media y la comunicación; y las armas de destrucción masiva” (Amin, 2000). Y las periferias que, carentes de cualquiera de estos monopolios –salvo algunas excepciones, desde luego– experimentaron principalmente las adversidades del sistema, es decir, una serie de “consecuencias interrelacionadas y fatales: desintegración social, quiebra de la democracia, deterioro más rápido y extenso del medio ambiente, expansión de nuevas enfermedades y pobreza y alienación crecientes” (Capra, 2003, 171). Todo ello porque no es posible enfrentarse –competir– en términos económicos a los centros capitalistas, mas cuando de ellos depende la regulación y el catálogo de condiciones.

Moverse en un sistema económico globalizado como el actual implica generar cifras considerables de comercio. Sin duda, en el capitalismo global éste constituye la piedra angular. El atraso de las llamadas periferias se debió, entre otras cosas, a una especie de concentración hegemónica en el comercio mundial. Durante las dos últimas décadas hubo un crecimiento considerable, donde el volumen de mercancías intercambiadas se triplicó, mientras el de servicios se cuadruplicó. Sin embargo,

Si bien este crecimiento del comercio es importante en sí mismo, no lo es menos la desigual distribución del mismo. A este respecto, destaca la concentración existente de las exportaciones de mercancías en las economías más desarrolladas –entre un 60 y un 70 por ciento–, frente al menor peso de las economías subdesarrolladas y las economías en transición (García & Durán, 2005, 26).

Algo alarmante si se tiene en cuenta la cifra que entrega Amin: “la proporción de la población global formada por las poblaciones de Asia (excluyendo a Japón y a la Unión Soviética), África y América Latina y el Caribe era del 68% en 1900; ahora es del 81%” (2000). Lo que indica que las llamadas periferias, pese a ser gran mayoría –como lo éramos los demás niños del liceo–, no concentran ni riqueza, ni poder ni legitimidad. Todo ello, desde luego, con las salvedades de ciertas naciones y en todo caso equiparando cifras con respecto a los países más desarrollados.

Una readaptación no cabal del socialismo, combinada con métodos diversos de producción y apertura, no sólo ha logrado un importante progreso en ciertos países latinos –y de manera más vertiginosa en otros lejanos–, sino que, además, les ha otorgado limitados pero significativos rasgos de autonomía en la región. En una eventual semi-articulación latinoamericana la Unión Europea puede ser un benéfico modelo; sin embargo, el éxito depende de los parámetros de convención, del nivel de articulación que se logre y, sobre todo, de la autonomía que se adquiera.

Referencias

AMIN, S. (2000). *La Economía Política del siglo XX*. En: <http://www.rcci.net/globalizacion/2000/fg129.htm>. Traducción para Globalización del texto en inglés publicado en el número de junio 2000 de Monthly Review.

BERGER, P. & LUCKMAN, T. (1999). *La construcción social de la realidad*. (S. Zuleta, Trad.) Buenos Aires: Amorrortu editores.

CAPRA, F. (2003). *Las conexiones ocultas*. Barcelona: Anagrama.

GARCÍA, J. M. & DURÁN, G. (2005). *Sistema económico mundial*. Madrid: Thomson. ■



Uno se embarca hacia tierras lejanas, indaga la naturaleza, ansía el conocimiento de los hombres, inventa seres de ficción, busca a Dios. Después se comprende que el fantasma que se perseguía era Uno-Mismo.

Ernesto Sábato, *Hombres y engranajes*, 1951